Diez relatos hojarasqueños

La Hojarasca: 2004-2008

ÍNDICE

1) INFERNANDO: Mario Lamo Jiménez

2) LOS ZAGUA'A EZQUER: Ernesto Ezquer

3) EL VOLCÁN: Juan Revelo Revelo

4) FARSA, CARPA Y ENTRETENIMIENTO

EN CIUDAD DE NADIE: Javier Moyano

5) HUELLA: Nuria Barbosa León

6) UN RELATO INÉDITO: Helver González Zaraza*

7) LA TORRE OSCURA: Felipe Muñoz Jaramillo

8) A MEJOR VIDA: Camila Méndez

9) LA MUÑECA HUMANA: Gloria Serpa-Flórez de Kolbe

10) EL ENCUENTRO:María Teresa Arrázola

1) INFERNANDO

Mario Lamo Jiménez

Todavía no entiendo para qué se inventaron el infierno y me pregunto si su invención fue una buena idea. Supongamos que uno se muere y le toca irse al infierno por un pecado mortal menor, como falsificar la firma del jefe o por serle infiel a la esposa. Llega uno al infierno de primíparo y es tan de malas que de compañero de celda le toca a uno con Hitler. Imagínense no más todos los problemas que esto puede acarrear, el hombre le hará a uno la vida o mejor la muerte imposible si le ve a uno cara de judío, comunista o marica.

Esto por una parte, ¿pero qué tal si con todo ese trajín que hay en el cielo se embolatan los papeles y cuando tengan qué decidir si uno se va para el cielo o para el infierno no haya manera de saber? Imagínense que el encargado de darle a uno la visa al cielo o al infierno sea un santo de tercera, de esos a los que nadie les reza porque son flojos para hacer milagros, como decir San Pancrasio, y venga el santo de marras y le diga a uno:

—Vea don Vitorino, resulta que no sabemos pa'donde le toca ir a busté, si pa'l cielo o pa'l injierno, pero como hoy estamos de promoción, lo vamos a dejar que descoja. ¿Quiere busté ir al cielo a rezar los mil Jesuses con la Madre Teresa y Santa Teresa de Ávila o prefiere irse al injierno a cometer actos deshonestos con Marilyn Monroe y Jane Mansfield?

Y yo le contesto:

—Pues vea, San Pancrasio, que me la pone usted tan difícil que no sé en cuál de esas dos mulas treparme. Yo desde chiquito había querido irme para el cielo a tocar arpa y a tener guerras de flechas con los angelitos, pero la verdad es que los mil Jesuses ya los he rezado mucho, pero con esas dos que menciona no me ha tocado estar, y si no es mucha la molestia, dígale no más a don Satanás que me vaya tendiendo la cama.

Y no más entra uno al infierno para gozar por toda la eternidad y de seguro que con lo primero que se topa es con la suegra, que con ojo de águila y una escoba no deja que uno ni siquiera se acerque a las susodichas y queda uno igual de jodido

que en vida, pero esta vez sin muerte que lo libere.

No más empieza uno a recorrer el infierno cuando se encuentra con un resto de personajes célebres, que es como si uno anduviera por New York en su Quinta Avenida. “Doctor Pastrana, gusto de verlo; presidente Bush, el gusto es mío; don Pablo, a usted como que la muerte le ha sentado porque lo veo mejor que nunca; Mr. Osama, ¿me puede dar una recomendación para que me cambien de patio?” Y después resulta que por buena conducta le pueden conmutar a uno la pena de la eternidad a media eternidad, lo que de todos modos es un jurgo de tiempo. Todo lo que hay que hacer es seguir al pie de la letra lo que el Chiras lo ponga a hacer a uno y no rebelarse.

El demonio mismo lo llama a uno a su despacho y le dice:

—Vea Vitorino, usted que en vida no sirvió ni para hacer un buen chanchullo ni para defraudar al fisco, a ver si de muerto sirve para algo. Regrese a la Tierra para que ayude a organizar el despelote en una sucursal que tengo ahí montada.

Y no más llego a Colombia le digo al presidente:

—Como este verraco país está en guerra, démosle más armas a la gente para que se acabe de matar; como nadie confía en nadie, pongamos un millón de sapos a sueldo para que se acabe de formar el caos; como la gente en el campo está que pasa hambre y siembra coca, fumiguémoslos hasta que no quede ni una mata viva; ah y se me olvidaba, una cosita final, declaremos una amnistía general para los que hayan matado, violado, torturado o secuestrado al prójimo.

De vuelta al infierno, el Chiras me condecora con un par de cuernos de macho cabrío y me dice que para malvado soy un verraco y que en vez de conmutarme la pena me asciende a diablo de confianza y que me devuelva otra vez a Colombia porque con esas ideas mías, de seguro por fin el enemigo malo va a ganar la batalla final del mal sobre el bien. Y sin pensarlo mucho, yo le contesto:

—Mire, don Sata, y perdone la confianza, honestamente le cuento que en Colombia hay muchos peores que yo, no más aguántese a que se mueran y verá que ésos en un día le arreglan

a usted el problema de su eterna lucha contra el Sagrado Corazón, las siete mil vírgenes y el Divino Niño.

Y el Diablo, ni corto ni perezoso, ante mi sabio consejo, se trae de una a todos los políticos colombianos para el infierno, pero tan de malas que el tiro le sale por la culata porque inmediatamente se mueren los condenados, el país se compone, y así yo, sin proponérmelo, resulto arreglando en un instante los problemas de mi ex patria.

Y aquí estoy otra vez, pensando acerca del invento del infierno y por fin entiendo para qué se lo inventaron y acepto que después de todo no era tan mala idea.

2) LOS ZAGUA'A EZQUER

Ernesto Ezquer

El tiempo sopla llevándose a los actores, pero no a los escenarios, tampoco a las pasiones que movieron a comediantes y comparsas a quienes hace tan poco vimos batirse, luchar y morir. Corrientes sigue allí, indómita, anacrónica, casi irreal. Siguen agitándose los pañuelos azules y colorados, siguen terciando las armas para imponer la razón final que siempre doblegó al ser humano.

Nuestra visión nos transporta casi veinticinco años después al mismo lugar que desapareciera por el saqueo y el fuego, "Rincón del Rosario" y más atrás de esas casas al mismo inmenso, inmutable y misterioso estero del Iberá. Rincón del Rosario está reconstruida, todo parece estar más sosegado, más calmo, pero no nos engañemos, allí donde estamos mirando, es donde late con fuerza más de un corazón arisco. Allí cerca de las aguas, de los juncos y de las extrañas "islas" flotantes; allí están, ellos, los más bravos, los que jamás claudicarán ante la así llamada "civilización", los más valientes, los indómitos, allí están ...

Parte del ganado criollo de la estancia se fue transformando de manso en indómito y bravío. El estero al fondo del campo se volvió el asilo ideal para aquellos animales que eligieron la vida de bandoleros. Allí vivieron éstos, listos siempre a burlar al hombre, "la autoridá", representada por el peón que venía lazo en mano para arrastrarlos a una muerte segura. El Iberá, silencioso e inmóvil en apariencia tenía una intensa vida oculta. Se

entremezclaban los mariscadores(1), los yaguareté, las enormes boas curiyú y sus rivales los yacarés, y los duendes que iban en retirada hacia su mundo fantástico sólo comprendido por los viejos hechiceros indios que poco a poco iban desapareciendo. Como un padre acogedor, este insondable estero recibió a los toros que vivían ya "fuera de la ley"; les brindó la seguridad de sus islas y el silencio de sus juncales.

De pronto, tal vez por enamorado de una vaquillona a la que seguía, o quizás por simple capricho de guapo para probar su bravura, se presentaba en algún rodeo, uno de estos toros matreros con el cuero surcado de cicatrices, rúbricas de su temple. Por cierto sin marca, mostrencos, sin exhibir la señal de la esclavitud. Sus guampas(2) afiladas como agujas y su cabeza orgullosa y levantada. ¡Que nadie se atreviera a intentar echarle lazo! Cuando advertía algo sospechoso, el bravo enderezaba el trote hacia la salida y con ese valor formidable del que lucha por su libertad, se abría paso a punta de coraje a veces despanzurrando algún caballo y revolcando a su jinete. A menudo lo seguían dos o tres paisanos revoleando lazos, y allí según su suerte, en esta última escaramuza se decidía su destino, volver al estero y a la emancipación o caer bajo el dominio del hombre.

Allá por el año 1918, apareció en el rodeo Bihraray, uno de estos increíbles bandidos con la osamenta de un gran yaguareté encastrada en sus astas. ¡Qué terrible lucha debió desarrollarse entre estos dos animales en las soledades del Iberá! Por indicaciones del patrón, se hizo lo imposible hasta conseguir enlazarlo. Se le quitó el cuerpo muerto de su adversario, pero las heridas que había recibido en la lucha, determinaron que muriera pese a los solícitos cuidados que se le proporcionaron como ofrenda de respeto a su bizarría.

En otra oportunidad, se hallaron los cuerpos de dos toros con sus guampas entrelazadas. Habían sucumbido de sed y de calor y por sus heridas, sin aflojar ninguno de los dos en su encarnizada batalla.

Varios de estos matreros se distinguieron por su fiereza o por su astucia. El paisanaje los admiraba porque se veían reflejados en ellos y les dieron nombres. Nombres que llegaron a ser célebres. Uno de ellos, fue Añá Pihtá(3). En el año 1920, éste asumió la jefatura de una importante pandilla de bandidos. Lo consiguió después de dar muerte en duelo singular al entonces jefe, un toro negro. Bajo el comando de este diablo rojo, los animales se hicieron más temerarios, originando el mote con que hemos titulado este relato, "los Zagua'a Ezquer". En el idioma guaraní, el término "zagua'a" significa salvaje, indomable, tosco pero también silvestre y puro. La banda comandada por Añá Pihtá llegaba en incursiones hasta las afueras del pueblo de Ituzaingó. Veinte o treinta toros armaban un San Fermín inesperado, no deseado y mucho más peligroso. La gente se encerraba y pasaba la voz de alarma "¡chaque o'u co los zagua'a Ezquer!" (¡Cuidado que vienen los salvajes Ezquer!) con lo que mi familia quedaba comprometida con estos bárbaros. Aún dudo si no es un honor ser parte de su fama.

Allá por 1923, la pandilla de Añá Pihtá se vio privada de su jefe. Luego de una batalla infernal, lo metieron en un corral junto a un grupo de animales para ser vendido. Al día siguiente debían marcarlo y entregarlo a sus compradores. Pero esa noche Añá Pihtá con sus artes de gaucho astuto y montaraz, huyó junto con tres viejos compañeros y dos novatos rumbo al Iberá. Allá lo recibieron los demás, con mugidos de júbilo y orgullo mientras los toritos lo contemplaban con envidia y admiración soñando con ser alguna vez como él.

Dos años más tarde, unos peones que andaban recorriendo el campo se

toparon con este matrero y consiguieron enlazarlo; lo dejaron para volver a buscarlo, maneadas sus cuatro patas, reventando de ira y de calor. Una hora más tarde cuando regresaron se había hecho humo con grillos y todo. Con esto su fama rebasó los límites del pago. Y en casi todo los rodeos los toros hablaban de él y más de una vaquillona soñó con ser su preferida.

Pero los dichos y la matemática a veces tienen razón. Y la tercera fue la vencida. En 1931, viejo pero feroz y peleador siempre, fue vencido junto con parte de su cuadrilla y así marcharon todos capturados pero indómitos al destino que el hombre les imponía.

Otro tan famoso como el anterior fue “El Gaucho”. Toro oscuro que habitaba en otra zona. No fue como Añá Pihtá, jefe de pandilla, este fue un solitario y aunque no un jefe, se trató de alguien tan terrible como el anterior. Cuando torito, se llegaba a los rodeos tal vez por un poco de vanidad, a mostrarse. En uno de ellos, consiguieron enlazarlo, reducirlo y marcarlo. A raíz de la marca del hierro ardiente, este Aníbal bovino juró “odio eterno a los hombres”. Ganó el monte y desde allí siempre acechaba. Cuando advertía a algún jinete desprevenido, aparecía bufando y aterrador. ¡Más vale que el caballo fuera rápido y el jinete hábil, porque de lo contrario sería uno más para agregar a su interminable serie de víctimas! ¡Bien caro que se cobró aquella vez que fue marcado!

Tomás Ríos construyó, su rancho de poblador sin saber que lo hacía cerca del campo de hazañas de Gaucho. Una tarde sus hijos fueron a pie hasta un monte cercano. Allí se hallaba Gaucho. Al oír las voces de los niños y sus risas, salió repentinamente de la espesura. Los niños al verlo comenzaron a huir desesperados. Gaucho en vez de iniciar una acometida mortal se limitó a trotar tras de ellos unos metros para luego pegar la vuelta y regresar a su

guarida sonriendo ante el susto dado a los cachorros de hombre.
Tomás tenía un carnero muy grande y muy lindo, dueño, señor y esposo de toda una majada de tímidas ovejas que lo reverenciaban. El carnero era todo un guapo y se hacía respetar. Fue así que una siesta paró la insolencia de una vaca que intentó correr a sus ovejas y de un soberbio topetazo la hizo huir maltrecha y atontada. La vaca fue con el cuento a Gaucho y éste a fuer de macho, decidió retar a duelo al bravo carnero. Una mañana se encontraron. Gaucho atacó veloz y el carnero peleó como un duro. Larga fue la batalla, hasta que el valiente carnero cayó con su corazón atravesado de un puntazo. Rindo aquí un homenaje a este valiente carnero anónimo que supo defender el honor de sus damas.
Ríos quedó furioso por la muerte de su hermoso carnero y decidió que en cuanto hubiera recogida de animales, saldría a campearlo para llevarlo prisionero. Una madrugada, se acercó hacia donde suponía que se ocultaba Gaucho, pero este viejo salteador, ya lo aguardaba, y una vez más se dio la historia del cazador cazado. Porque Gaucho mucho antes que Ríos lo viera, apareció por detrás y lo atacó. Ríos habría muerto, de no ser por un valiente, por uno de sus perros que salió en defensa de su amo. Pagó con la vida su fidelidad pues Gaucho en pocos segundos lo mató. Gracias a esta distracción, Ríos tuvo tiempo de echarse del caballo y se zambulló en las aguas del estero nadando bajo ellas por un largo trecho. Salió por entre un grupo de juncos y pudo observar al tremendo Gaucho persiguiendo a su caballo, ya que no hallaba al jinete. La fama de Gaucho desbordó el pago y tan legendario fue, que la misma leyenda se lo llevó junto con los espíritus del Iberá. Nunca más se supo de él. ¡Gaucho viejo, correntino de ley, agradezco a nuestra laguna el haberte llevado para siempre sin dejarte caer en mano de

los hombres!

Dije que los duendes se retiraban al estero rumbo a su mundo. Entre los mayores de la mitología guaraní está – perdón por nombrarlo - "El Pombero", un ser increíble, poderoso y astuto. El Pombero adoptó y dio su nombre a otro de los bandoleros de quienes estamos hablando.

Célebre fue el toro después llamado Pombero por su astucia casi humana, por su habilidad para esconderse y sorprender. Mucho tenía que cobrarse de los hombres. Siendo adolescente, en una yerra(4) lo castraron. Y es así que decidió huir y desde entonces predicar la rebeldía a la autoridad humana. A ello dedicó su vida desde ese momento. Los hombres le quitaron el Amor; en él nació el Odio, la pasión gemela y opuesta.

Se estableció en una arboleda a orillas del Iberá. En ese monte, llamado Ca'abì Michí funcionó su cuartel general. Con su prédica constante atrajo doce o quince novillos(5) y varios toros a quienes inculcó la idea de la rebelión.

Una tarde, un paisano recorría el campo cuando vio un grupo de cuatro o cinco vacunos junto a un monte, entre los que sobresalía un gigantesco novillo overo de cola muy corta. Por curiosidad se acercó a ellos pero aún estando a buena distancia se detuvo, pues le llamó la atención su actitud. El novillo overo llamó a su estado mayor y emprendió un tranquilo trote hacia la espesura. El jinete decidió seguirlos, entró por el mismo lugar que lo habían hecho los animales. No pasaron segundos cuando reapareció como alma que se la lleva el diablo, perseguido por el grupo de matreros que poca ventaja le daban. El novillo overo, pese a su enorme cuerpo, era el que más cerca estaba. Gracias a su rápido flete(6), el paisano salvó su vida pero no olvidó el susto.

En la primer recogida de ganado, volvió al monte a buscarlo, junto con otros

tres peones. Iba firmemente determinado a enlazar y a llevar a quién tan duramente lo tratara. Recién amanecía y una ligera bruma se levantaba del pasto. Ya llegando al monte, sintieron claramente el ruido de un tropel. Sin duda eran los bandoleros que andaban buscando. Rápidamente el jefe de la partida dio la orden y se abrieron en abanico para avanzar los cuatro en dirección al monte. No había forma de no encontrarlos. Por un lado los caminos estaban vigilados y por el otro lado Ca'abì Michí tenía al infranqueable Iberá. Entraron por distintas picadas(7) y ...¡todos se encontraron en el centro de Ca'abì Michí, pero de los novillos y toros, ¡ni pelo! Salieron del monte discutiendo si en realidad habían oído o no el rumor de la estampida.

Semanas más tarde, otros peones vieron desde muy lejos al famoso novillo overo cerca de su guarida. Enderezaron hacia él sus montados, lazo en mano. El novillo, tranquilamente se metió en la espesura, entraron tras él los jinetes pero ni su sombra hallaron. Esto ya fue suficiente para que el paisanaje conociera sus artes de brujo y se lo bautizara El Pombero.

Tiempo después, los hermanos Irala, cazando en su angosta canoa, se acercaron por la vía del agua a Ca'abì Michí y para su sorpresa vieron una estrecha abertura en el espeso juncal. Por ella apareció un novillo nadando silencioso, acercándose a la entrada secreta. Los Irala permanecieron sin hacer ruido hasta que el novillo desapareció en el bosque. Entonces siguieron con su canoa en dirección contraria, hallando rastros de una senda oculta que terminaba como media legua más allí en otro monte hacia el sur de Rincón de Rosario llamado Ca'abì Guazú. Así se explicaron las misteriosas desapariciones del Pombero y su banda. El Iberá, infranqueable, según pensaban, era el bondadoso protector. Y fue así nomás, cuando los toros se

veían acosados, desaparecían en un monte, se echaban a nadar, seguían su senda secreta y quedaban dos o tres días en su lugar de refugio hasta que el peligro pasaba.

Días después y creyendo tener ya todas las cartas en la mano, se inició una redada para atraparlo. El Pombero y quince matreros cayeron presos. Pero esa misma noche, a él y sus compañeros, se los tragó la oscuridad. No olvidemos que el Pombero estaba amparado por el poderoso duende homónimo que se lo llevó a su campo de leyendas.

Para el año 1940 quedaban todavía varios de estos toros bandoleros. El nuevo patrón, Don Ernesto Ezquer, mi padre, les otorgó la libertad. Por cierto, libertad condicional.

Los bravos Zagua'a quedaron para siempre en la memoria popular del Alto Paraná. Hasta no hace mucho, unos payadores, verdaderas réplicas de los juglares medioevales, recorrían las grandes estancias de la zona y allí, acompañados por su guitarra, cantaban viejos poemas cuyo origen se pierde en la bruma de los tiempos. A estos poemas se les llama "compuestos". Uno de ellos rinde homenaje a los personajes que acabamos de conocer. Escuchémoslo:

El Compuesto del Toro y el Tigre.

En tiempo de la primavera
al rayar del horizonte
bajó de la sierra un toro
a las orillas del monte.

Con su sombra divertido
retozando estaba el toro
y quiso así sorprenderlo
el tigre con su bramido.

Al punto, el toro le dijo
-¿Qué le pasa don Overo?
Si es que se viene solo
vaya a buscar compañero.

El tigre le contestó:
-Amigo, no pase tanto,
soy inspector de los montes,
comisario de los campos.

El toro le respondió
-No sea tan orgulloso,
yo soy el rey de los campos
y en los montes, poderoso.

El tigre entonces gritó:
-¡Callate, garrones sucios!
A la primera topada,
a cualquier gaucho lo asusto.

El toro le retrucó:
- Callate cara de esponja
parece que te has tomado
frutas agrias de toronja.

El tigre así le bramó:
-No sea, pues tan tirano
te he dejar mi amigo
para pasto de gusanos.

El toro le contestó:
-Infeliz sin esperanza
muy pronto has de quedar
en la punta de mis lanzas.

El tigre con su fiereza
al toro lo atropelló
y el toro con su “diestreza”
en las guampas lo barajó.

1 mariscador: cazador furtivo de la laguna Iberá
2 Guampa: voz quechua que significa “asta”, usada en Arg. Parag. y Urug.
3 Añá Pihtá: demonio rojo en guaraní

4 yerra: acción de marcar a hierro el ganado. Modismo de Argentina, Uruguay y Paraguay

5 novillo: se llama al animal ya castrado y joven. Cuando se hacen viejos, se les llama bueyes. Modismo de Argentina, México y Chile.

6 Flete: caballo ligero aplicado por extensión a todo caballo de silla. Modismo de Argentina y Uruguay.

7 Picada: camino angosto y serpenteante muy estrecho abierto en la selva.

3) EL VOLCÁN

Juan Revelo Revelo

¡Oye Roberto! Parece que está temblando.

_ ¡No digas tonterías Ariadna!

_ No son tonterías, es un temblor de verdad. Mira cómo se mueven las lámparas del techo y los adornos de mi escritorio.

_ ¡Huy! Tienes razón. Está temblando. ¡Salgamos de aquí!

Salieron de la oficina y bajaron a toda velocidad por las escaleras que, a medida que descendían se iban congestionando de gente nerviosa, con rostros angustiados y manos trémulas. “¡Tranquilos! –advirtió alguien con fuerte voz-. ¡Bajemos sin atropellarnos y nada nos pasará”!..

Una señora gorda rodó gradas abajo, y se llevó con ella a dos muchachos que iban adelante. Roberto y Ariadna los esquivaron justo a tiempo y continuaron bajando. Quinto, cuarto, tercero, segundo piso...

_ ¡Dios mío! Estas escaleras se van a derrumbar –dijo Ariadna llena de temor. Se están moviendo mucho.

_ ¡Cálmate Ariadna! Ya casi alcanzamos la calle.

Cuando salieron del edificio, vieron que todos corrían hacia la plaza principal que estaba a una cuadra de distancia. Allí, una gran cantidad de gente observaba la enorme columna de humo que salía de la cima del volcán formando un cono inverso, con la parte más ancha extendida hacia el oeste, sobre un cielo que ya no era azul, sino de un tono caliginoso, entre grisáceo y cetrino. .

El imponente volcán Galeras había sido para los Quillacingas -que habitaron durante centurias el hermoso Valle de Atriz-, un lugar sagrado, el refugio de sus dioses tutelares, el vigilante perenne que nunca les causó daño. Ahora, era el icono de la ciudad, el lugar turístico más buscado por los amantes de los ascensos a pie, y el laboratorio preferido de los vulcanólogos, que diariamente monitoreaban su actividad sísmica, y que con frecuencia ascendían a la cumbre para estudiar las emanaciones del cráter. Ellos habían anunciado, unos días antes, que podía presentarse una erupción ya que los sismógrafos estaban registrando vibraciones en las profundidades de la tierra. Lo que no sabían era de qué intensidad iba a ser el evento, ni cuándo ocurriría. Informaron por emisoras y periódicos, que la población debía estar atenta a los boletines del observatorio sismológico de la ciudad para prevenir cualquier contingencia. Al principio, la gente siguió con atención esos mensajes, pero después de algunos días, como había sucedido en otras ocasiones, dejaron de escucharlos, confiados en que el volcán no despertaría en forma violenta.

En el transcurso de los últimos 500 años, se habían presentado numerosas erupciones, con leves flujos de gases y ceniza, y a veces, con lava y pequeñas rocas incandescentes que jamás causaron daño a las personas. Por lo general, estos flujos piroclásticos afectaban las laderas del volcán situadas en el lado opuesto, y a la ciudad sólo llegaban las cenizas empujadas por el viento. Esta era la razón por la cual la mayoría de los habitantes

del Valle de Atriz -acostumbrados a esas demostraciones de poder de su gran “león rugiente”, pero inofensivas para la población-, no se sintieron inquietos esa mañana, al ver que la nube densa que salía del cráter iba creciendo con rapidez. En cambio, Ariadna tenía el presentimiento que algo grave estaba a punto de suceder y que debía tomar precauciones. Al ver a la gente contemplando tranquila la descomunal columna de humo, que a las tres de la tarde alcanzó una altura similar a la del volcán, imaginó que igual confianza debieron tener los pobladores de Pompeya, antes de que el Vesubio los sepultara con su apocalíptica erupción en el año 79. Supuso que como les ocurría a los valleatrizanos, también los habitantes de Pompeya debieron estar acostumbrados a las emanaciones de gases y ceniza, y a los ruidos sordos del Vesubio, que ellos creían eran los ronquidos del dios del fuego que vivía en su interior. Por eso no tomaron precauciones, y sólo cuando vieron bajar por las laderas, los pavorosos ríos de lava, trataron de escapar pero ya era tarde. Decenas de miles de personas murieron sofocados por el calor y por los gases tóxicos, antes que pudieran salir de sus casas.,

_ ¡Dios nos libre de una tragedia como esa! –dijo Roberto cuando ella le contó que acababa de recordar ese hecho histórico.

_ Yo creo que debemos buscar refugio –insistió Ariadna preocupada-. Esa nube de humo no me gusta. Les voy a decir a mis padres que nos vayamos para la finca. Allá, a 30 kilómetros del volcán, estaremos más seguros.

Cuando terminó de hablar por teléfono, le dijo a Roberto que sus

padres estuvieron de acuerdo en que era mejor “prevenir que lamentar” y que viajarían esa misma tarde a la finca. Además le contó que su papá le había dicho que con gusto le ofrecían posada a él y a sus padres. “La casa es grande -dijo-, y allí pueden quedarse los días que quieran”.

_ ¡Mil gracias Ariadna! Tú y tu papá son muy generosos, pero yo pienso que el peligro ya pasó. Mientras hablabas con los tuyos, escuché en la radio una entrevista que le hicieron a un vulcanólogo que dijo que la columna de humo era provocada por una evacuación voluminosa de ceniza y gases, y que la probabilidad de que se presente una erupción explosiva, con lava y piedras volcánicas, era muy baja. Recuerda que en otras ocasiones ha acontecido lo mismo: Después de estar lanzando humo durante varios días, el Galeras siempre vuelve a su habitual quietud y todo queda tranquilo.

Cuando Ariadna y sus padres llegaron a la finca ya era de noche. Una inmensa luna alumbraba al mundo como si fuera un farol sostenido por una mano prodigiosa. Ariadna se quedó contemplándola durante varios minutos y después entró a la casa, dio las buenas noches y se acostó. El sonido monótono de las chicharras y el cansancio del día, fueron adormeciéndola. Vio entonces a Roberto corriendo por la calle y se sintió intranquila. Miró el reloj. Eran las dos de la mañana exactamente. Levantó la mirada y no supo si lo que observaron sus ojos era la realidad o una alucinación provocada por sus temores. Después, todo

sucedió muy rápido. La gente salió a las calles temblando de miedo. Acababan de escuchar una fuerte explosión, como si una bomba de altísimo poder hubiese estallado en la cima del Galeras. Una corrosiva nube de cenizas fue extendiéndose rápidamente bajo la luz de la luna, en copos apretados, y un olor sulfuroso bajó con el viento y se metió por todos los rincones del Valle de Atriz. "¡Vamos a un refugio!" –gritó alguien lleno de pánico-. "Yo creo que los refugios no sirven porque el volcán empezó a echar lava –dijo una mujer corriendo con un niño en los brazos-. Mejor busquemos un taxi, un bus, un carro y larguémonos de aquí". "Yo te dije ayer que nos fuéramos para Buesaco o Tangua y no me hiciste caso". "Es que los informes de las autoridades decían que no iban a presentarse problemas". "Ya es tarde para cualquier lamentación". "!Salgamos rápido¡"

Miles de partículas luminosos salieron disparadas del cráter y encendieron la oscuridad con un resplandor terrorífico y asfixiante. Flujos piroclásticos y de lodo empezaron a bajar por las quebradas Midoro y Mijitayo, y también por San José, San Francisco y Los Saltos. Las casas de los barrios más cercanos a las faldas del volcán fueron las más afectadas. La gente corría calle abajo, gritando desesperadamente. Tosían, tropezaban, se ahogaban con los gases y la ola de calor. En medio de la multitud volvió a ver a Roberto tratando de subir a un camión que estaba lleno hasta el tope. "¡Vamos a Chachagüí, a la finca de Ariadna!" –oyó que le dijo al chofer, mientras una serpiente de fuego y ceniza, avanzaba por detrás, incendiándolo todo.

_ ¡Roberto, Roberto! ¡Súbete rápido! –grito ella, llena de angustia-, pero el camión arrancó sin él, haciendo un ruido extraño.

_¿Que te pasa hijita? –oyó la voz de su madre, detrás de la puerta de su habitación-. Te escuché que estabas gritando.

_ Tal vez fue una pesadilla mamá –dijo levantándose sudorosa y jadeante, y le contó lo que acababa de ver.

_ ¡Tranquilízate mi amor! Fue sólo fue un sueño. Una pesadilla y nada más.

Cuando su madre salió de la alcoba, Ariadna marcó al celular de Roberto. Volvió a mirar la hora y abrió los ojos llenos de espanto porque esa nube de humo no me gusta: faltaban quince minutos para las dos de la mañana.

4) FARSA, CARPA Y ENTRETENIMIENTO EN CIUDAD DE NADIE

Javier Moyano

Dedicado a cada Pablo Pueblo de ciudad nadie

La carpa cubre *ciudad nadie*. Saltimbanquis, trapecistas, domadores, mujeres barbudas, monachos, señoritas y exseñoritas, estudiantes, obreros, tu y el que vende compra hipoteca cualquier cosa, todos están invitados a la función de zombis y titiriteros en *ciudad nadie*.

Este año contamos con la presentación en la primera temporada de profetas y mesías de panfletos, utilizando el ya conocido bla,bla,bla y su sonrisita fingida cuando cargan a los nenes. Derechas, izquierdas centros todos bombardeándonos con sus colores y números; mientras tanto la gente en *ciudad nadie* dominada por R y C que noche tras noche nos dejan en claro que la única forma de cumplir nuestros sueños es entregándonos a la degradación y humillación publica1, para la ocasión puedes elegir entre bailar, cantar, actuar, empelotarte o sobrevivir2 y solo la mano de los titiriteros saben que vendrá después. En *ciudad nadie* la decoración de la primera temporada permanece estática. ¿Qué nadie se percato de bajar la cisterna al salir? Ganadores, perdedores, quemados, victoriosos siguen en las paredes, postes y parques repitiéndonos una y otra ves su consigna en silencio. Suciedad publica no pagada. En *ciudad nadie* la gente juega el chance tres veces al día pues saben que hay mas posibilidades

de redención en esos números que en los ofrecidos por los charlatanes3.

Una segunda temporada llego ya con la consigna de un mundo en escena, la alfombra roja esta lista y las luces aguardan. Es curiosos ver tanta fuerza policial con la cara pintada, tanto clero silenciado ante el hecho de irrumpir en su semana de recogimiento. La tele se enciende y las mentes cesan, nadie se pregunta: ¿Dónde esta castaño? ¿Por qué no nos explicaron que paso con don TLC? Es mejor entregarnos a la sección de farándula y sacar pecho cuando la señora de cabello rojo nos llama a todos los Colombianos a apropiarnos de nuestro festival con 12% de descuento si usas mastercard.

En *ciudad nadie* papá mamá e hijo oso presupuestan papel y esfero en mano sobre su soñado viaje a carpa Corfe, necesitan 6 monedas para transportarse y 20 para cruzar el primer cordón. Papá oso quiere ir a lucha libre (9 monedas oso). Mamá quiere escuchar a los narradores y visitar un pabellón internacional (promedio: 9 monedas para la cuenteria y 20 para el internacional por oso). Hijo oso quiere ir a títeres (5 monedas). Demasiadas monedas nunca lo lograríamos ni separándonos piensa mamá oso y una lagrima cae por su mejilla, paso seguido se incluye en el presupuesto 10 monedas para comer por que la olla con papa chorreada y maní no entrarían ni con magia. Papá oso se levanta de sopetón y prende la tele, un silencio frió entre los tres, el sabe que tantas monedas no hay en su viejo pantalón, tantas monedas por ver como los de las paginas sociales colman carpas es un

precio que no puede y no quiere pagar. Será ver la excelente programación elaborada por los titiriteros para que sigamos llorando nuestros pecados milenarios y extrañemos una próxima venida del señor. ¡Esa carpa de dolor y negocio lleva ya tanto!

Lo único que me alienta es la certeza de que ya vendrá la tercera, la cuarta y así por los siglos de los siglos, reinados, festivales, premios, elecciones y los titiriteros seguirán jugando en ciudad nadie. Papá oso se pone la camiseta, esta noche transmiten el partido de su glorioso.

Texto por Javier Moyano director Rabiarte

www.rabiarteltda.blogspot.com

rabiartecolombia@yahoo.com

Bogotá. Colombia abril 2006

1 Fama, sin carne pero con muchas moscas.

2 En ocasiones seria útil también vivir.

3 Siempre es mejor un talonario a un tarjetón

5) HUELLA

Nuria Barbosa León

Periodista de Radio Progreso y Radio Habana Cuba

Allá por el año 1957 yo vivía en Manzanillo y toda Cuba era un hervidero de Revolución. Yo, de 7 ú 8 años, en el juego con la pandilla del barrio. Esas carreras, cubiertos por un short de pantalón deshilachado, donde el polvo cubre hasta el pelo y el sudor se mezcla con el churre y el mal olor. Instantáneas en mi mente de peleas por trampas, los escondidos y la pelota. Por aquellos años, un primo de Masferrer Rojas, un asesino y torturador del gobierno de Batista, visitaba una casa enfrente a la mía. El nombre de Lizardo Necolarde no lo olvido, porque con su grupo mafioso quería convertir a la ciudad una fortaleza paramilitar. En aquella época era un matarife del pueblo a quién le temíamos. Todos sentíamos admiración por la casa donde visitaba, de puertas y ventanas cerradas, cuya inquilina sólo se veía pasar cuando salía o entraba las pocas veces que realizaba gestiones. Nosotros no la conocíamos personalmente, su criada era quien compraba a los vendedores ambulantes y se relacionaba, un poco, con el vecindario. Pero en esa casa había un televisor, --la novedad del momento-- y todos los muchachos buscábamos la rendija para ver el aparatito con los programas de “La Habana”. Enseguida que notaban las miradas curiosas de los rostros infantiles se cerraban las ventanas y quedábamos sin decir palabra hasta que alguien proponía el próximo juego. Quizás todo era normal menos la llegada de Lizardo Necolarde. Se bajaba de un auto oscuro y brillante. Con él descendían tres tipejos vestidos de traje con armas en la mano. Siempre que se sentía el auto llegar, mi mamá asomaba la cabeza y nos pedía quietud. Por breves instantes, se detenía el juego y nuestras miradas iban allí, donde los matarifes, y entonces ellos rastrillaban sus ametralladoras, y, a nosotros un temblor frío nos corría por las venas. Descendía Lizardo Necolarde con su incapacidad para sonreír, ignoraba a la pandilla de niños churrosos y polvorientos, en pocos pasos penetraba en la gran casa, y con él, uno de la escolta. Los demás tomaban el auto y en una carrera precipitada se perdían levantando el polvo de la calle sin asfaltar. Luego, no podíamos concentrarnos en el juego, desaparecía la alegría infantil y cada uno de los niños se iba a su casa

6) UN RELATO INÉDITO

Helver González Zaraza*

Estando de cumpleaños el señor X, sus compañeros, los señores Y y Z, deciden agasajarlo invitándolo a tomar unos tragos. Cabe agregar que el señor Y también asistía a la reunión con el objetivo de acceder a un programa de lingüística de un conocido instituto. Desafortunadamente aquella noche, o tal vez deba decir aquella madrugada, hubo de todo menos programas de lingüística o afines. A decir verdad el intelecto quedaba subordinado a placeres menos nobles. La jornada comenzaba en un remoto lugar que hacía recordar las confrontaciones bélicas entre romanos y bárbaros. En aquel lugar, de cuyo nombre no quiero acordarme, aquellas hembras habían hecho de las suyas protagonizando un escándalo sin precedentes. Testigos del acontecimiento, tres jóvenes reían al contemplar tamaña pelea. Sobra decir que en aquella época se encontraban presentes los señores X, Z y T. Así pues, en aquel sitio, después de beber los consabidos tragos, los señores deciden salir e internarse en la oscuridad. Son invitados amablemente por un personaje a departir con unas niñas en un acogedor recinto. Un ambiente sórdido pero pleno de belleza. Desfilan las muchachas mientras una máscara de alegría oculta el rostro de las llagas y de las miserias. Permanecen en el sitio, y el señor Z está tan tomado que decide invitar de su bolsillo una gran botella de licor. Obviamente los precios son muy elevados, pero contemplar el panorama lo exige. There was music, there was dancing, there was food to eat and wine to drink. Baudelaire deambulaba por el ambiente. Se le sentía. Mientras el señor X conversaba con una de las muchachas, el señor Y confirmaba su apelativo: “El pulpo”. Entre tanto el señor Z, mucho más pasado de tragos, danzaba como loco sobre la tarima mientras cientos de ninfas se contorsionaban. Los tres jóvenes hicieron sus consabidas propuestas (indecentes no por sus intenciones sino por los paupérrimos ofrecimientos). Algunas niñas rieron. Otras hicieron cara de pocos

amigos. Al fin eran las doce, se había roto el hechizo, en aquel lugar sólo permanecían los tres jóvenes. Una jauría de hienas se confundía con las sombras. Fueron literalmente expulsados. Decidieron continuar con su aventura. Siguieron internándose en el norte descubriendo puertos oscuros y secretos ajenos a la luz del día. Estuvieron en varios sitios, no recuerdo el número exacto. Basta mencionar las experiencias en dos o tres. En Porkys compartieron con las Hookers, mientras el señor Y se abalanzaba sobre una mesa destruyendo una botella de licor (acabada de comprar). Ciertamente no se les reconoció nada y tuvieron que beberse sus recuerdos, porque el costoso líquido yacía yerto en el suelo y en los finos pantalones del señor Z. Ante los inalcanzables precios exigidos por las ninfas, el señor X y el señor Y decidieron entregarse en los brazos de Morfeo, pues les resultó más cómodo.
El señor Z conversaba ávidamente con un par de niñas que le contaban sus aventuras en la vida y sus planes de viajar al país del Yen (moneda dura). Eran las tres y media de la mañana. La policía aguardaba afuera. En medio de las sombras las ninfas salían dejando a su paso el aroma del olvido. Los jóvenes aguardaban el momento propicio para salir. Al fin afuera y otra vez lo mismo. Otro de los amables personajes. Otro sitio. Una mujer monumental que por un elevado precio sólo admitía compartir su amor con dos de los señores pues tres se le hacía grotesco. Mientras el señor X negociaba con aquella mole de carne, el señor Y, muy respetuoso, disponía sus tentáculos de manera muy digna sobre la fría humanidad de una niña ligeramente añeja. En fin, nada. Afuera otra vez. El mundo y la soledad. El frío y la noche. Un tercer personaje los condujo a otro sitio cuidadosamente oculto. Baste con mencionar los besos del señor Y con una no muy atractiva ninfa, las negociaciones del señor X con una de aquellas reinas, tratando de averiguar el valor de sus interiores. Y el señor Z que dividía su vista entre el espectáculo de un cuerpo desnudo en un fondo azul y la tragedia de una ninfa, que al parecer había sufrido un ataque. La contorsión de aquella o de ésta. La muerte danzando aquí y allá. Un solo destino. Ya eran las cinco y media de la mañana. El sol comenzaba a desvanecer las sombras. Otro día, o acaso ¿era el mismo? En últimas

terminaba la fiesta, el señor X volvería a su hogar, a su madre, a su novia; el señor Y volvería a su esposa, a su hija; y el señor Z volvería a su casa y a su familia.

El lector encontrará sencillo determinar el rostro y las características personales de los señores protagonistas de esta aventura. Si no es así puede recurrir a la siguiente tabla:

Señor X: el señor
Señor T: el señor
Señor Y: el señor
Señor Z: el señor

Helver González Zaraza
(Bogotá 1972- Madrid 1999)

* Helver González Zaraza (1972-1999) Joven poeta, narrador y profesor universitario colombiano que falleció en Madrid, España en circunstancias aun no establecidas, cuando se encontraba próximo a iniciar un programa académico de verano auspiciado por University of Northern Iowa. González Zaraza era licenciado en Lenguas de la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá y contaba con una Maestría en Literatura hispanoamericana del Instituto Caro y Cuervo. Su disertación laureada trata sobre la obra “Santa Evita” del escritor argentino Tomás Eloy Martínez. En 1998, González Zaraza había viajado a los Estados Unidos para iniciar estudios de Maestría en Literatura y TESOL.

7) LA TORRE OSCURA

Felipe Muñoz Jaramillo

Desde cualquier lugar del pueblo se divisaba la torre oscura. La presencia de aquella mole de roca negra como el carbón era un lastre perpetuo en la conciencia de su gente, un recordatorio constante del yugo bajo el cual estaban sometidos. Daniel no conocía otra forma de vida diferente. Desde que tenía memoria había sido enseñado a servir y temer al señor de la torre. Pero ahora dentro de su cabeza empezaba a gestarse una tormenta con densos nubarrones de verdades cuestionadas. Una tormenta que amenazaba con inundar de rabia su alma adolescente. ¿Por qué temían al terrible regente de la torre si nunca lo habían visto en persona? ¿Por qué debían renunciar a una parte de su cosecha bajo el único argumento de la autoridad? ¿Por qué seguían permitiendo los abusos y maltratos cometidos por los sirvientes del tirano invisible? Pues eran los siervos del señor de la torre, aquella horda de personajes retorcidos y sucios, los únicos interlocutores entre los campesinos y su opresor.

Los más ancianos del pueblo siempre repetían: *La vida no siempre fue de esta manera*, y cuando lo hacían exhibían sus ojos cristalizados por el dolor y el llanto, con el recuerdo de su pasado dichoso a flor de piel. Los viejos contaban a Daniel historias de sus infancias felices, *días aquellos* en los que disfrutaban del pueblo recién fundado en medio de una paz absoluta y en los que la torre oscura no era más que un extraño monumento en el horizonte, construido por alguna civilización perdida en el tiempo.

Hasta el día nefasto en el que un ejército de figuras oscuras y harapientas como mendigos irrumpió en el pueblo, con sus gritos,

su pestilencia y sus grandes sacos de cuero. Se identificaron como servidores del terrible señor de la torre. Sostenían que su majestad había estado observando a los campesinos durante décadas y finalmente, cansado de verlos sacar provecho de sus tierras y reproducirse sin pausa, había decidido reclamar un justo tributo por lo que le correspondía. Daniel maldecía no haber estado presente en aquel momento crucial, donde su gente habría podido enderezar el curso de los acontecimientos y liberarse para siempre del yugo que ahora los oprimía.
Pero los fundadores habían cedido a las amenazas, habían permitido que los ademanes salvajes de los siervos del señor los amedrentaran. Todos esos pobres hombres murieron después de tristeza al ver el infierno en el que se convirtió su pequeño paraíso. Las nuevas generaciones no conocían otra forma de vida diferente a la zozobra e incertidumbre en la que el pueblo transcurría sus días, siempre a la espera del inevitable regreso de los ciervos del señor de la torre.

Como todos los primeros días de cada mes, el sol amaneció más opaco que de costumbre, los pájaros guardaban silencio y los sirvientes del señor de la torre oscura llegaron a recoger el tributo. Daniel y los demás podían sentir su cercanía incluso mucho antes de verlos. Sus carcajadas malignas y sus gritos estridentes eran el mejor aviso para que los campesinos comenzaran a organizar el tributo. Estas pobres gentes pacíficas entregaban más de la mitad de su cosecha. A veces los criados se llevaban a una mujer joven, para el deleite y los placeres perversos del señor de la torre. La comunidad solo podía observar impotente ante los constantes abusos, pues cualquier muestra de rebeldía era castigada con severidad. Cuando algún campesino mostraba su inconformismo, era apresado y llevado por los criados a la torre oscura, de donde

no volvía a salir nunca más. Algunos aseguraban que estos individuos sufrían la más horrible de las muertes, en medio de inimaginables torturas o tal vez devorados por alguna de las bestias que merodeaban la torre. Desde que el pueblo de Daniel se había quedado sin líderes, el silencio y la sumisión eran la ley.

Congregados en la plaza, con la moral por el piso junto con los sacos de grano y hortalizas, los campesinos se lanzaban unos a otros miradas nerviosas, cada cual tratando de vaticinar que nuevos horrores traería ese día.

Al fin se pudo ver el ascenso por el camino polvoriento de aquel séquito de figuras monstruosas y harapientas. Caminaban en fila, uno detrás del otro, con un andar grotesco e inhumano. Iban armados con rústicos garrotes de madera y portaban bajo el brazo sendos costales de tela y cuero donde guardaban las ofrendas. A la cabeza de todos estaba su líder; un enano deforme y malvado al que llamaban Nod. La criatura tenía la cabeza calva y sus ojos resplandecían con una inteligencia perversa, que mantenía a raya tanto a los criados como a los campesinos.

El grupo se detuvo frente a la formación de campesinos. Nod pronunció las palabras acostumbradas y procedieron a recoger el tributo. Uno a uno, los campesinos depositaban su aporte en los costales con una tristeza comparable a tener que entregar a sus propios hijos. Llegó el turno para un anciano, de aspecto famélico y ojos cansados, que entregó una mínima cantidad de alimentos. *He tenido una mala racha, señor y apenas me alcanza para subsistir*. Pero en los corazones negros y roídos de los criados no había espacio para la compasión, así que montaron en cólera y procedieron a castigar al hombre, justo enfrente de su comunidad. Lo acostaron en el piso y comenzaron a golpear su espalda con los garrotes. Nod le pisó la cabeza y enterró su rostro en el barro,

para ahogar los gritos de dolor. La multitud observaba inmóvil, con sus corazones debatiéndose entre la rabia y el miedo. Sin embargo, había uno entre ellos que estaba dispuesto a darle rienda suelta al sentimiento.

Daniel dio un paso afuera de la multitud e instó a los demás campesinos a *no permitir más abusos*, a *aprovechar la superioridad numérica*. El anciano había dejado de respirar. Nod escrutaba al campesino rebelde con sus ojillos maléficos y en su rostro diminuto comenzaba a dibujarse una sonrisa. Antes de que Daniel pudiera hacer cualquier movimiento, los criados se abalanzaron sobre él y lo golpearon hasta someterlo. Con el cuerpo magullado y la sangre brotando por su nariz, lo introdujeron en uno de los enormes costales. El interior del costal apestaba a carroña y descomposición. El olor era tan penetrante que nublaba sus sentidos. Lo último que Daniel percibió en medio de la oscuridad fue la voz chillona del enano, hasta que poco a poco fue sumiéndose en la inconsciencia.

***

Sintió su cuerpo suspendido en el aire, meneándose con suavidad de un lado a otro. Abrió los ojos con dificultad y pudo sentir su piel invadida por moretones oscuros. Se encontró boca arriba, atado de pies y manos a un palo muy largo. Estaba desorientado por completo; incluso si lograba soltarse no habría podido encontrar el camino de regreso. Dos sirvientes del señor de la torre lo transportaban, sujetando cada uno un extremo del palo. En la cercanía pudo distinguir sus horribles rostros, con la piel curtida y llena de cicatrices. Despedían un hedor nauseabundo, una mezcla de sudor, tierra húmeda y cebolla. Daniel podía escuchar con claridad su respiración ronca e irregular. Al ver que el prisionero

despertaba, los guardianes dieron la alarma y el grupo se detuvo. Nod apareció con sus pasos cortos y torpes. La posición de Daniel lo situaba a la altura del enano. La inmunda criatura comenzó a proferir amenazas y a describir los terribles tormentos que le aguardaban. Daniel se sintió abrumado por su aliento pestilente que lo cubría como una manta húmeda y caliente. Aún así, no podía quitar sus ojos de esa boca pequeña y llena de dientes podridos.

Reemprendieron la marcha y el camino se tornó largo y penoso para Daniel. Todos los demás criados del señor aprovechaban cualquier detención para hostigar al campesino y recordarle con lujo de detalles el destino que le aguardaba en la torre.

Rápidamente dejaron atrás las bellas praderas y los campos de cultivo e ingresaron en un tétrico bosque de árboles enfermos. Era como ver un cementerio con los esqueletos por fuera de sus tumbas. Los árboles no conservaban casi ninguna hoja, tenían las ramas peladas como dedos amenazadores. El tiempo pareció detenerse. Caminaban envueltos en una bruma de silencio y frío que no le permitía a Daniel distinguir si era de día o de noche. Lo único que se escuchaba era el caminar vacilante de la caravana.

La neblina comenzó a despejarse conforme caminaban y el final de la travesía se reveló ante los ojos atónitos del campesino: la torre oscura se levantaba en toda su majestuosidad, hacia el cielo, lo más lejos posible de aquel bosque malsano. La construcción producía en quien la observaba una mezcla de respeto y temor. Respeto por sus formas nobles y perfectas; temor por su apariencia oscura y lúgubre.

Avanzaron hacia la entrada de la torre; se trataba de un gigantesco portón de metal macizo, capaz de soportar los embates de todo un ejército. Sobre fachada de la construcción, Daniel notó unos parches apenas perceptibles, donde la roca no

tenía la misma coloración negra del carbón sino blanca como el mármol más puro. Parecía como si debajo de toda esa inmundicia, de toda esa suciedad, yaciera una torre blanca y pura.

Cuando la caravana estaba a punto de cruzar el portón, Daniel profirió un grito de terror que exaltó a los sirvientes del señor. Sobre la parte más alta del edificio, volaba una bestia alada, tal vez un dragón, tal vez un pájaro gigante. Fuere lo que fuere, el monstruo era para Daniel una confirmación de los temores alimentados durante años por los ancianos acerca de las terribles mascotas del tirano.

El grupo ingresó en la torre y todo quedó sumido en las tinieblas. No importaba que el sol reinara en el exterior, el interior del lugar se encontraba casi en total oscuridad. Los sirvientes aseguraron la puerta de entrada con un enorme cerrojo y la caravana comenzó a subir por unas suntuosas escaleras de mármol con acabados muy complejos. Nod encabezaba la fila, portando una antorcha para iluminar el camino. El recinto se veía desierto. Daniel observó que cada planta estaba compuesta por una serie de corredores y galerías sin vida. También descubrió la razón para aquella ausencia de luz: las pocas ventanas que había, estaban obstruidas por escombros o cubiertas casi por completo con varias capas de polvo y telarañas. Esporádicamente, algún rayo de sol lograba colarse por la suciedad e iluminaba una porción de la estancia. En ningún momento detuvieron su ascenso, superando piso tras piso de aquellas galerías olvidadas, que se levantaban como testimonio de glorias pasadas. Sus únicos habitantes invisibles eran los fantasmas de una estirpe hace tiempo desaparecida, los nobles constructores de la torre. Por instantes podía percibirse el eco de risas y de algarabía, de fastuosos banquetes y bailes elegantes. Después de un ascenso que parecía interminable llegaron al final de la escalera. Era una

puerta de madera con extraños arabescos. Por debajo de la puerta se colaba una luz rojiza y un olor desagradable. El corazón de Daniel comenzó a palpitar con violencia a medida que el terror invadía su cuerpo. El enano abrió la puerta, liberando aquel horrible vaho que contaminaba el ambiente. El campesino fue introducido a una cámara enorme con gruesas columnas a cada lado. En el fondo había un telón rojo que encerraba un espacio semicircular. Llevaron a Daniel hasta el telón y lo liberaron. La luz proyectada por la antorcha del enano permitía ver un poco lo que se encontraba del otro lado. El campesino logró distinguir la forma de un trono imponente, hecho a la medida de un gigante. Escuchó una respiración ronca y jadeante y su corazón se aceleró aún más. Daniel cayó de rodillas presa del miedo y asumió una actitud se absoluta sumisión. Sin embargo, después de haber presenciado el despliegue de violencia de sus criados contra aquel anciano raquítico, no era mucha la misericordia que podía esperar del gran señor de la torre. Daniel sintió un par de ojos misteriosos que lo penetraban a través de la cortina escarlata. La incertidumbre tenía un efecto devastador sobre su espíritu. Cuando estaba a punto de estallar en llanto y súplicas, el telón se abrió de forma súbita y el ocupante del trono le fue revelado… Era un perro de tamaño mediano cubierto con una capa verde. La lengua le caía fuera de la boca y movía su cola amistosamente. Todos los presentes estallaron en risas, desde el primero hasta el último. El recinto se llenó con su estridencia. Carcajadas de todo tipo retumbaron por la torre oscura. Daniel solo podía observar atónito aquel ejército de bocas putrefactas que se burlaban al unísono de su inocencia.

Aturdido por la sorpresa, el campesino fue conducido con facilidad por los criados hacia una puerta escondida en un rincón de la cámara. Ingresaron en un salón más suntuoso que el anterior. En

el centro se levantaba una mesa con forma de pentágono abarrotada de comensales y servida con una serie de platos exquisitos. Todos tenían la misma apariencia desgarbada de sus captores y devoraban la comida con una voracidad digna de animales salvajes. Ríos de vino corrían sin parar hacia dentro y fuera de sus bocas. Bajo el gigantesco mantel de tela, se desarrollaba un espectáculo tan grotesco como el de arriba. Una hueste de pequeños perros negros y ratas de gran tamaño circulaba frenéticamente en torno a la mesa, recogiendo con avidez las migajas que dejaban caer los amos. Incluso llegaban a atacarse entre ellos por el más mínimo resto de comida.

Dentro del grueso del grupo, Daniel reconoció los rostros familiares de aquellos campesinos a los que su pueblo creía haber perdido; todos los que habían intentado liderar una revolución contra el señor de la torre antes que él.

Todavía observaba la escena embriagado por la repulsión y el desconcierto cuando el enano lo condujo por una última puerta. El hombre sintió el golpe del viento frío en el rostro y supo que se encontraban a la intemperie. Era una terraza, casi tan grande como cualquiera de los salones, en donde el viento golpeaba con fuerza haciendo helar los huesos. La vista desde ahí superaba todo lo que Daniel había podido imaginar. Se dominaba con la mirada incontables extensiones de territorio hacia todos los puntos cardinales. La voz chillona del enano se coló en sus pensamientos y lo sacó del letargo en el que se hallaba. Nob relató como él y su tropa de vagabundos habían descubierto por casualidad la torre en uno de sus recorridos y al encontrarla desierta decidieron asentarse en ella. Pero cuando las provisiones comenzaron a escasear, inventaron la figura del terrible señor de la torre para obtener de los lugareños lo que necesitaban. Era un sistema perfecto que utilizaban, no solo con el pueblo de Daniel, sino con

todos los asentamientos a muchos kilómetros. Ahora el campesino tenía dos salidas: una caída hacia la muerte o la puerta de regreso hacia el banquete sin fin. Mientras Daniel escuchaba estas palabras, el paisaje se nubló con las lágrimas que empezaron a brotar de sus ojos. Levantó la mirada y se encontró frente a frente con la terrible bestia alada que había visto a su llegada. No era más que una cometa de proporciones gigantescas que se mecía al compás de la brisa.

El sol había empezado a caer sobre el horizonte. Pequeños grupos de luces comenzaron a brotar por todas partes. Múltiples pueblitos de campesinos engañados que esa noche dormirían con miedo bajo la sombra de la torre oscura. El suyo se veía tan hermoso, tan frágil, tan apacible. Quería salvarlo, salvarlos a todos. Saltar al vacío y volar hacia ellos. Desenmascarar a aquellos vagabundos mezquinos y sucios. Aprovechar su inferioridad numérica y con una unión de todos los pueblos sometidos extirparlos para siempre. Pero, ¿cómo romper las barreras de miedo y superstición que sometían las mentes de los demás? ¿Cómo convencerlos de que valía más morir en libertad que vivir siendo esclavo?

Su mente envuelta en mil tribulaciones se debatía sin tregua hasta que finalmente tomó una decisión.

Cruzó la puerta, cogió una copa y dijo:
--Salud.

8) A MEJOR VIDA

Camila Méndez

Fabián se despertó extrañado. Nunca se había sentido así. Raro, pequeño y sin voz. Pensó que todo era una pesadilla. Un sueño deplorable. Era peludo y veía en grises. No distinguía con claridad las imágenes, aunque el olor a basura lo apreció rápidamente. Se vio las uñas que surgían escondidas entre las montañas de pelo: eran delgadas, filudas y arqueadas como garras. Intentó hablar. Alcanzó a escuchar, dentro de las profundidades de su cuerpo, un diminuto ronquido animal.

¿Había sido un ladrido? ¾pensó¾. ¿Por qué no me despierto? Quiso gritar de nuevo, y sus oídos desarrollados se concienciaron de la realidad. Ya no era más él.

Tuvo miedo y desesperación. Recordó la noche anterior. Había ido al bar como todos los miércoles. Tomó whisky hasta el cansancio y el efecto fue mortal. Tuvo un ataque de ansiedad, se sintió intranquilo y triste, y decidió salir a mojarse en la llovizna desolada de las tres de la mañana. Sabía que le haría daño el contacto irascible con el rocío, pero no importaba nada en ese instante, más fuerte era el agobio de su vida. Se sentó en los basurales y prendió un cigarrillo, y, entre el humo y la lluvia, su memoria se nubló, como si esos fragmentos de la existencia se deshicieran sin dejar una prueba irrefutable de que se vivieron y sin motivos, ni anuncios: sin una explicación previa, se había reencarnado en un can.

«¿Qué es esto?», renegaba para sí. No quería escuchar esos chillidos desconocidos para su boca. Maldijo su existencia. Se movió enloquecido para ver si alguna reacción nueva le devolvía su cuerpo. Le dio hambre y sed, también le rascaba su pata trasera y no podía frotarse, y hasta llegó a preguntarse por qué

tenía que pensar si los animales no lo hacen. Quería morirse de una vez por todas. No podía comprender por qué le habían enviado ese castigo. Gimió como un desesperado, sin que nada surgiera. Trató de gruñir con ese sonsonete aguerrido y taciturno que emiten los de su especie cuando un sonido que sólo ellos oyen los perturba, y tampoco hubo respuesta. Se vio asimismo como un ser íngrimo que guardado desde una caja aislada busca una salida imposible.

Era distinto caminar con cuatro patas. Se sentía más liviano, más ágil, aunque el mundo no tuviera colores y los olores lo contagiaran en su esencia, revueltos, pestilentes o provocativos, como ese pan fresco que posaba en la vitrina. ¿Cómo hacer para obtenerlo? La angustia se apoderó otra vez de él. Deseaba devorarlo y saciar el hambre incontrolable, pero su mismo conflicto interior no lo dejaba actuar, y la orden que escuchó alguna vez de un veterinario de que los perros sólo deben comer dos veces al día, fue la excusa ideal para no desfallecer.

El aroma de los árboles, confundido con el polvo y sus rastros en la calle, le indicaron un lugar. Su casa. Odiaba tener esa habilidad monstruosa de reconocer por medio del olfato pasos, orines de otros animales y el humor entrañable de su esposa. Estaba tan cerca. La puerta blanca y la fachada moderna se imponían en el conjunto de viviendas escuetas, como un barco sobresale en la lejanía del mar. Vio las ventanas abiertas, el jardín rebosante y las flores moradas. Jamás había sentido ese olor tan profundo.

«Antes todo era más fugaz», pensó.

Temía entrar. Quería demostrarles que era Fabián.

—Sócrates, ¡has vuelto!

No tuvo tiempo de reaccionar cuando se vio sacudido y alzado por Sangela y su hijo.

!Qué gran recibimiento! Quería llorar, sus sentimientos se

revolvieron. No podía contarles que estaba ahí. Ni gritar. Y sus ladridos no dirían nada. ¿Qué había pasado con todo? ¿No existía la lógica en ninguna parte?, indagaba, dándole paso a sus lágrimas perdidas que salían despacio. Abrió el hocico y jugó con su nueva lengua para poder probarlas. Eran saladas, eran humanas. «Véanme. Soy yo. Tengo mis ojos. Aún los tengo. Mírenme», suplicaba para sus adentros, y un aullido lamentoso surgió de sus entrañas. «Soy yo». La familia se sorprendió. Pablo le dijo a su madre que Sócrates lloraba, que no lo había visto tan alterado. Ella tocó sus mejillas para comprobarlo. Fabián creyó que le habían entendido.

Es sólo la emoción de regresar a casa ¾dijo su esposa.

Y no mueve la cola ¾le insistió Pablo.

Por eso mismo.

Sangela permaneció en silencio porque notó aquella singular diferencia. Le miró fijamente a los ojos con cuidado, mientras su marido quería meterse en los suyos y hacerle saber que era él, quería decirle con su mirada pequeña todo lo que había pasado para que lo ayudara, pero ella no vio más que unos ojos de perro. Le miró la piel, tenía el lunar café entre su pelaje blanco. Le revisó los dientes, y ese colmillo demás que no se le había caído continuaba en su puesto.

Es él ¾aseguró tranquila¾. Hay que bañarlo y darle de comer. ¿Dónde habías estado, chiquito? He estado buscándote. ¿Por qué te escapaste? No vuelvas a hacernos esto ¾decía con palabras tiernas, mientras le daba besos y lo cargaba como un bebé.

«Estoy perdido.»

Pasaron meses antes de que Fabián descubriera que había muerto. En su mente canina, sólo cabía el olvido y la ensoñación, que fueron un beneficio para no desesperarse, ni caer en traumas sicológicos que lo acabarían. Ese día entendió resignado que no

se sabría que él seguía vivo y reencarnado en Sócrates, el adorable French Poodle que había comprado Sangela para Pablo y que su esposo sólo estimaba por apariencias frente a su hijo, porque, en realidad, no le agradaban los animales y mucho menos ese ‘perrito de abuelitas y homosexuales que daba vergüenza sacar a pasear’.

«¿Adónde se había ido el alma de Sócrates, si es que tenía?», se preguntaba inquieto en su propio entierro, mientras llegaban sus parientes y compañeros de trabajo, que contemplaban su descenso indiferentes o intrigados por saber cuál sería el futuro de la empresa y de la viuda.

Tras las gafas oscuras de Sonia, su amante, no se iluminaba llanto como el difunto esperó ver. Para ella era sólo una despedida a la adrenalina de lo prohibido, a los encuentros imprevistos y a los viajes y detalles glamorosos que recibía de su relación fútil.

Sangela siempre sospechó que la frialdad de su esposo se debía a la infidelidad. Inicialmente, se entristeció y buscó la forma de arreglar su matrimonio, hasta que le ganó la impaciencia y optó por aceptar las insinuaciones de su primo segundo, con quien forjó una relación estable y madura que los llevó al matrimonio.

Sentado en el amplio sofá de la sala, el perro examinaba la soledad de su vida humana. Nadie lloraba su muerte, ni se notaba triste. Ninguno de los presentes lo había estimado de verdad, y él tampoco sentía por ellos lo que imaginaba era el cariño real.

«¡Qué farsa! Todo fue una farsa.»

Tres asaltantes acabaron con su vida. Le dispararon sin respiros para robarle la billetera. Su cuerpo había sido encontrado en el callejón donde amaneció transformado y donde estuvo deambulando por horas, hasta que los olores lo convencieron de la realidad.

Pensaba en los ratos efímeros en que creyó ser feliz. Cuando

realizó ese viaje al exterior, cuando se enamoró y se casó, cuando su padre le dejó a cargo el próspero negocio familiar, sus encuentros furtivos con Sonia, el día en que recibió el premio por su gran labor de empresario, y hasta la tarde lejana en que probó ese delicioso vino francés que ahora necesitaba para liberarse del estrés y el abatimiento.

No podía ladrar, ni morder al nuevo cónyuge, sabía que saldría perdiendo. Mejor aprovechaba que a veces podía dormir con su esposa, aunque no a su lado, sino en el borde de sus piernas y sintiendo la respiración asmática del intruso, pero, por lo menos, estaba a sus pies. Descubrió entonces que su nueva condición no era un obstáculo para disfrutar a la familia. Borraría para siempre su nombre e intentaría entender que sólo cuando pronunciaran Sócrates, podría integrarse a la vida, salir del encierro a través de sus ojos y buscar la manera de llegar a las sombras olorosas que demostraban presencias.

No se separaba de Sangela y ésta tampoco se hastiaba por tenerlo a su lado. Lo sacaba a pasear en el carro, le daba agua fresca de su mano, le acariciaba la barriga y, ante la más minúscula insinuación de llanto, se desvivía para complacerlo. Lo único que le molestaba era el vestidito de lana azul con que lo disfrazaban en las ocasiones especiales: le producía calor y era incomodo para su ego masculino, que aún sobrevivía.

Además del apego mutuo y los grandes momentos, su ama también compartía con él intimidades. Ella no imaginaba que su antiguo esposo se iba a enterar de la tristeza interior que mantenía, la insatisfacción en el amor y hasta la necesidad de volverlo a ver y recuperar lo que alguna vez fue perfecto. Fabián intentaba acercarse, quería darle un abrazo, decirle que lo perdonara o trasmitirle, con alguna expresión tierna, que no se sintiera sola. Llegaba a ser tal el desahogo que no sabía qué

hacer, movía su cola hasta que la conmovía y la hacía sonreír.
También descubrió la profundidad de su relación con Roberto. Ella se extendía en monólogos para hablarle de las discusiones que tenían con frecuencia, los defectos intolerables y los reproches o secretos que él desconocía y que no podrían ser divulgados nunca por ese perro sin alma, que, como un objeto más de la casa, desconoce la realidad de sus habitantes.
Con Pablo, todo fue más fácil. A pesar de ser un niño retraído, que se refugiaba en la televisión y los dulces para remediar su soledad, Fabián logró conquistarlo con rapidez. Entraba a su habitación en silencio, se subía a la cama y le daba un par de lengüetazos para demostrarle afecto de alguna forma.
Al principio, su hijo se asombró de ver a Sócrates en esa actitud tan efusiva, antes sólo se dejaba corretear o jugaban con los muñecos sin otras innovaciones. Podía admitir que así era mejor. Ahora iban al parque en plena libertad, sin que su Poodle cometiera las imprudencias de una mascota no adiestrada. Tenía conciencia de los peligros, sabía cuándo cruzar la calle sin necesidad de estar atado a un collar y no tenía problemas con otros canes, porque éstos tampoco se metían con él.
«Seguramente es mi mirada. Ellos saben que soy algo humano», suponía.
Se volvieron cómplices. Pablo le daba comida porque sospechó que ya no le gustaba el concentrado. Prefería el pollo, el sabor del hueso se le hacía cada vez más tentador, y la capacidad para cortarlo con su dentadura afilada era una sensación inefable. El olor lo enloquecía, haciendo que se desesperara y que aprendiera a gemir como una criatura desconsolada, alterando al servicio, que debía acelerar en sus quehaceres para servirle al animal. Fue difícil tener que alimentarse sin la ayuda de las manos, pero después se dejó llevar por unos instintos crecientes que

empezaban a manejarlo cada vez con mayor frecuencia. Era como una energía adherida a su cerebro que cubría las emisiones de pensamiento que todavía generaba y que le permitía actuar sin cordura o prevención en ese tipo de situaciones o despreocuparse frente a otras. No sufría por dinero, ni por buscar el poder o mantenerse en éste. Las crisis financieras, la situación política, la guerra o el futuro incierto, eran temas en los que no tenía que profundizar, ni analizar, ni dedicarles un espacio pequeño. Todo lo que otrora fue de su interés, lucía ahora banal desde su mundo. No podía evitarlo. La ensoñación lo nublaba y sus reflexiones se diluían como una lectura efímera de la que no queda ni el recuerdo. «Las palabras se pierden con el tiempo y no dejan sino vacíos; por eso, somos el consuelo de los hombres. Tenemos la grandiosa facultad del silencio», decía, mientras aceptaba con entereza a su especie muda y se percataba de un presente sin reparos.

Era agradable sentarse sobre Sangela, acurrucado y roncando, cobijado con ternura, o sentir cómo en los amaneceres lluviosos Roberto debía levantarse para trabajar, mientras él se quedaba durmiendo, sin problemas que lo atormentaran. Iría a vivir con Pablo, a rebuscar entre la esencia de la naturaleza con sus sentidos despiertos o revolcarse en la tierra fresca, escuchando los sonidos lejanos que los demás no detallan y oliendo sosegado lo que le trae el viento, cuando mueve en los arrebatos de la tarde sus orejas largas y distrae su vida pasiva hasta que el tiempo lo ayuda adaptarse, como a los hombres, a ser un animal de costumbres.

9) LA MUÑECA HUMANA

Gloria Serpa-Flórez de Kolbe

Por razones de trabajo yo había tenido alguna vez que fabricar un maniquí. Pero no un maniquí de esos con formas de mujer adulta que generalmente se usan para colocarles encima vestidos y pelucas de moda. Éste era como una niñita de tamaño natural, más o menos de seis años, regordeta, rellena de trapos y con brazos y piernas forradas en medias transparentes de mujer. La cara, sobre una masa redonda que hacía de cabeza, la había logrado muy fácilmente colocándole una de esas máscaras con expresión natural que se consiguen para disfrazarse en la noche de las brujas. Pero ésta no era una bruja. Era una niñita infantil y fresca, que sonreía con su expresión despreocupada, ingenua, y con un dejo un tanto erótico en la mirada. Tal como realmente son algunas niñitas de seis años, perversas para algunos, endiabladamente normales para otros.

La muñeca había quedado olvidada y guardada en el cuarto de los trastos entre toda suerte de cachivaches sin uso, de los que uno nunca resuelve deshacerse porque “alguna vez se pueden llegar a necesitar” y al fin, no se necesitan nunca. Y se van llenando de polvo. Y si la buhardilla está en una casa vieja, poco a poco van tomando olor a guardado y lo que es peor, poco a poco se van recubriendo con una capa peligrosamente aterciopelada de moho. Y como sucede con todas las cosas que no se quieren usar: se estropean. Sin embargo, la gente recuerda a la muñeca, y siempre me pregunta por ella.

Como maniquí la había exhibido en varias exposiciones que mi exquisito gusto para las confecciones en croché (o ganchillo, como las llaman las revistas de modas), me permitía realizar anualmente gracias a la dedicación exclusiva en el arte de la aguja: cuellos de encaje en puntilla estilo inglés victoriano, pequeños chalecos modernos que la gente cree mejicanos porque terminan en unos flecos que recuerdan más bien las chaquetas de los vaqueros de Texas. Faldas y toda clase de blusitas transparentes que, gracias a que las pequeñas no tienen qué esconder en el busto, no requieren fondo y así se pueden lucir bien las filigranas que se hacen con aguja e hilo calabrés: monos y medios monos, pilares distribuidos en ordenadas filas de abanicos de puntos triples; rosas y flores repujadas que van a

cubrir la espalda, el pecho y los brazos de esas niñitas rebosantes de energía. Sólo para fiestas, dirán sus mamás al comprarlas, pero lo que no sospechan es que ellas, coquetas por naturaleza, las sacarán del armario y tratarán de seducir a toda hora. Con esa perversidad oculta que tienen en los ojos provocantes algunas, como aquella Alicia cuya foto me mostró el maestro. No sé cuál es el encanto que encuentra en fotografiar a las niñas. Tal vez es como el placer morboso que experimenta al mirarlas fijamente y hacerles bajar la mirada, ruborizadas.

La tarde en que él me mostró las fotografías de Alicia, yo perdí todas las esperanzas porque me había atrevido, en mis noches solitarias, a soñar que él podría llegar a ser algún día un buen marido para mí. No contaba con que dentro de su aspecto apacible se albergaba, si no un monstruo, al menos un hombre desproporcionadamente humano, de pasiones desbordantes, de deseos insaciables, apetitos morbosos, en fin, tal vez es mejor no seguir enumerando porque mi cabeza, después de saber esa horrible noticia, está llena de pensamientos atravesados.

Para mí era muy emocionante espiarlos en el parque durante la clase práctica de biología, cuando salían a buscar a lo vivo, todo eso que encontraban en los libros. Yo los miraba desde mi ventana, frente a la que me pasaba horas enteras tejiendo, cómo revisaban atentamente la vida de los renacuajos del estanque detrás de la capilla. Visitaban árbol por árbol, mata por mata, buscando las flores -órganos sexuales de las plantas-, abriendo sus pétalos para dejar a la vista estambres y pistilos, él rociando polen dorado sobre las mejillas maravilladas de Alicia, y observando el trabajo de las abejas que fecundaban el cáliz brillante de las flores. O cuando andaban tomados de la mano sonriendo amablemente y acariciando a su paso las hojas aterciopeladas de los sietecueros y la felpa peluda de las flores de los frailejones.

La última vez que los observé juntos, remaban en un bote hacia la isla. Yo tuve que quitarme de la cabeza las malas ideas y controlarme para no pensar mal a medida que ellos remaban río arriba, que la mamá de Alicia era descuidada, que si yo tuviera una hija no la dejaría salir sola ni con su maestro, ni siquiera con el pastor de la parroquia. Tuve que cerrar los ojos dolorida, porque sospechaba que tal vez lo que estaba sintiendo eran celos, cosa absurda, de una niña de seis años, toda inocencia y candor, toda

ilusión y promesas; de sus labios naturalmente rojos, de sus mejillas llenas, dotadas de hoyuelos que aparecían al sonreír, la tersura de durazno de su piel y esa agilidad que yo había perdido hacía tanto tiempo. No. Sería injusto compararme con ella; quizá con la edad se había exacerbado en mí un natural morboso. Prefería no mirarlos cómo charlaban y cómo reían animadamente mientras él remaba y ella trataba de sacar del agua algún pescado imaginario, inclinándose sobre el borde de la barca y dejando totalmente al descubierto sus piernas regordetas y firmes. Hasta en el encaje de su pantalón se descubrían monos y medios-monos de punto de croché que asomaban coquetos bajo los volantes de la falda. En el instante en que él preparó la cámara y le tomó una fotografía al llegar a la isla, alcancé a ver cómo bajaban del bote todo su material de trabajo fotográfico, trípodes y cámaras y maletines de cuero llenos seguramente de lentes y de rollos. Hasta allí no ví más porque se internaron en el bosque.

Al otro día encontraron a Alicia flotando sobre el río.

Todos pensaron, al divisarla desde lejos, que se trataba de mi muñeca de trapo y comenzaron a gritar bajo mi ventana: ¡Doña Laura, su maniquí está allá abajo, en el río, enredado en los juncos de la isla! Pero yo sonreí. No. Mi maniquí está aquí. Mi maniquí está aquí, está aquí, sobre mis rodillas, cubierto de polvo. Le estoy probando el pequeño sudario que acabo de tejer.

Y Alicia sigue allá sola... flotando sobre el río... enredada en los juncos... luciendo ingenuamente... una blusa de croché.

L.D. El Tiempo, 1980

10) EL ENCUENTRO

María Teresa Arrázola

A Gonzalo Shory in Memoriam

Un sol de invierno colaba sus rayos tenues por los vitrales decorados con violetas y figuras de ángeles, que formaban filigranas y líneas doradas en el piso de linóleo de la sala de recibo. Un tumulto de emociones invadía a Catalina, mientras esperaba la llegada de Enrique, cuyo vuelo se había retrasado un poco en el aeropuerto de Barajas, en la ciudad de Madrid. No podía imaginar cómo sería Enrique. Sólo lo conocía por la imagen borrosa de una foto. La sacó de su ensoñación la voz de una de las jóvenes aspirantes a novicia, que le decía: —Aquí está un joven que dice llamarse Enrique. Apenas pudo musitar: —¿Eres tú? La emoción apretó su estómago mientras los brazos amados de Enrique la estrecharon fuerte, como si quisiera recuperar con su abrazo quince años de ausencia. —¡Si supieras!... —le dijo con un susurro de voz. Pero no, ella estaba muy conciente de que Enrique nunca podría saber los días que había pasado soñando con él, pensando cómo sería, adivinando el cambio de sus facciones en la fotografía que le enviaron alguna vez cuando estaba pequeño, y que estaba ya gastada de tanto repasarla con sus manos, de acariciar su rostro y de mojarlo con sus lágrimas. Lo miró largamente. Observó sus ojos oscuros y su cabello negro y brillante. «Es igualito a mí», pensó. Pero recordó que ella tenía el pelo cortado al rape, y se alegró de llevar la cabeza cubierta para que él no pudiera verla así. — ¡Qué hermosa eres! —le dijo Enrique—. Al fin puedo verte, después de tanto tiempo; éste era mi anhelo más secreto. El mismo día que

recibimos la carta de la abuela Soledad, en la que nos decía que tú querías verme, papá y yo viajamos a París. Luego Enrique le habló de la fecha en que Clara y Carlos murieron en un accidente y él supo que eran sus padres adoptivos. Le comentó a Catalina que aun ahora le dolía la crueldad con que se lo dijo Rosaura, la hermana de Carlos: «—¡Ellos no eran tus padres! —me dijo ella— ¡Eres un recogido que mi hermano y tu tía Clara criaron por caridad, porque tu madre te abandonó! —No, no es cierto —le grité—. Ellos eran mis padres, ¡y me querían! Fui entonces a esconderme en mi refugio favorito, junto al árbol de tamarindo y después viajé solo en un tren a la ciudad grande, a buscar a la abuela». Catalina lo miró emocionada. —Sí, mi amor, yo lo supe todo por las cartas de mi madre. Ella me contó también que habías sido muy feliz, en la época en que vivías con mi hermana Clara y creíste que eras su hijo, hasta que ellos murieron en el accidente. Fue entonces cuando Rosaura se hizo cargo de la herencia y tú huiste de la casa. Enrique sólo tenía ocho años en esa fecha, pero se dio cuenta del odio y de la rabia que encerraban las palabras de Rosaura. Esa tarde, mientras todos estaban en el funeral, se escondió en el vagón de un tren, que paraba en la esquina de la plaza del mercado, cerca de la casa. Lo abordó después de asegurarse de que iba para Maracaibo, la ciudad donde vivía “la abuela Soledad,” a quien Carlos y Clara visitaron muchas veces, llevándolo con ellos. Era sólo un pequeño asustado y tuvo entonces una extraña sensación de abandono, que nunca había conocido antes. Pensó en sus padres y los imaginó quietos y helados, igual que su perrito Toni, cuando lo arrolló una carreta de caballos. Por fin se durmió, encogido en el asiento del vagón, ya casi llegando a la ciudad grande, pero despertó sobresaltado cuando paró el tren con un crujido profundo y se encontró de pronto con un guardia de los ferrocarriles, que le

decía a uno de sus compañeros: —Este niño viene solo. Él lo miró asustado pero se tranquilizó al ver su expresión amable. El guardia era un hombre bueno, que tenía hijos y nietos y decidió protegerlo. Se llevó a Enrique a su casa, le compró ropa, indagó y buscó por toda la ciudad, con los datos que tenía Enrique, hasta localizar a su "abuela Soledad Escamilla". Cuando Enrique terminó de hablar, Catalina continuó la historia. —Mi madre le escribió entonces una carta a tu padre. Le contó la decisión de mi padre de enviarme a un internado y de darte a ti en adopción a mi hermana Clara, que estaba casada y no tenía hijos. Tu padre nunca supo de tu existencia hasta ese momento. Fuimos novios cuando Harry se alojó en la casa de mis padres, en una temporada de intercambio de estudiantes de diversos países. Yo sólo tenía catorce años cuando tú naciste —añadió ella. Enrique la miró con los ojos llenos de lágrimas y ella continuó hablando: —Tu padre viajó de inmediato desde los Estados Unidos a Maracaibo, para recogerte en la casa de mi madre. Creo que tú has sido un verdadero regalo para él, porque a pesar llevar una vida confortable nunca tuvo su propia familia hasta que tú llegaste a su vida. —Sí, mi padre se ha dedicado por entero a mí. He estudiado en los mejores colegios, me instruyó en todo lo referente a su empresa y quiere ir conmigo a todas partes —dijo Enrique. Y se quedó mirándola con una sombra de tristeza en sus ojos.

Entonces vinieron las temidas preguntas que ella estaba esperando. —¿Por qué permitiste que me arrancaran de tu lado? ¿Por qué nunca me buscaste antes para conocerme? Catalina miró en silencio a su hijo, que esperaba ansioso su respuesta… ¿Cómo decirle que ella ni siquiera lo vio cuando nació? ¿Podría él entender que ella era sólo una niña cobarde y tonta, que no fue capaz de defenderse y de luchar por él? Él respetó su silencio y la abrazó de nuevo. —Siempre quise

conocerte, Enrique —Catalina habló despacito—. Siempre soñé contigo y lo que más deseaba en la vida era tenerte a mi lado; arrullarte en mis brazos y darte esta ternura que tengo represada desde que naciste. Pero antes de que muriera mi hermana tú tenías una familia estable. Ellos te amaban con toda su alma. Después, Harry te llevó a vivir con él a los Estados Unidos y tuviste todo el confort, la educación y las posibilidades que yo nunca podría darte, dadas las circunstancias de mi vida. Pero mi corazón no resistió más este dolor y por eso te mandé llamar ahora. Catalina le acarició con ternura el cabello alborotado y le entregó una bolsa de terciopelo. Allí guardó siempre para él los pequeños tesoros que había recolectado en su vida y las fotos amadas. Enrique besó su mano, al recibir la bolsa con sus iniciales bordadas. —Mi padre está afuera y quiere verte —le dijo. —Pero cómo... ¿Harry está aquí contigo? —Sí, vino conmigo pero quiso esperar afuera hasta que yo le confirmara que tú quieres hablarle. —Dile que entre —respondió Catalina con un murmullo de voz y Enrique se levantó para llamarlo. «¡Qué guapo es!, pensó ella con orgullo. Todas las mamás debían sentir lo mismo al ver a sus hijos. ¡Y ahora Harry había llegado también... Era todo tan irreal!». Aún lo amaba. Lo supo entonces por la emoción inmensa que la invadía. Recordó los días, los meses y los años del internado, su llanto silencioso, las noches interminables soñando con sus besos. ¿Podría soportar el reencuentro? Pero no tuvo tiempo de imaginarlo. Harry entró y la envolvió entre sus brazos. Luego abrazó también a Enrique y los tres se quedaron suspendidos en un mundo aparte, lejos de todo lo que había logrado separarlos. Harry la besó entonces en los labios, con un beso apasionado, largo, interminable, y Catalina regresó por un instante a la noche de su primera y única noche de amor. Pero unos golpes delicados en la puerta del salón la

desprendieron de la realidad tibia de las caricias tanto tiempo anheladas. —La necesitamos en el coro para presidir el Angelus —le dijo la novicia cuando abrió la puerta y se quedó paralizada de asombro al ver a Catalina en los brazos de Harry. —Comiencen sin mí —le respondió Catalina. —Madre, perdone, pero no queremos empezar sin su reverencia —la joven habló despacito, con los ojos bajos. «Su reverencia... Sí —pensó Catalina con ironía—. Después de quince años de soledad, de sacrificios, de oración constante y de suplicio sin tregua, soñando con Harry y con su hijo Enrique, ella era la Madre Superiora de ese pequeño convento de religiosas de la caridad, donde quince años atrás su padre la había dejado como interna».

El reloj dio la hora como un aviso inexorable. Eran las seis de la tarde y el tiempo de las visitas se había terminado. Cuando Harry y Enrique se levantaron para irse, Catalina suspiró con angustia al recordar que tendrían que separarse de nuevo después de pasar toda una vida sin ellos. Los paneles de vidrios de colores giraban en un torbellino de luces. La emoción le impedía respirar. Escuchó, como en un sueño, el eco de los pasos que se alejaban por el corredor de linóleo brillante. Cerró los ojos y los mantuvo apretados para no ver que se iban de su lado, ¡esta vez para siempre! Pero ya no pudo soportarlo. —¡No, Harry, esperen! —les dijo Catalina con una voz que era más un grito desgarrador y ellos se detuvieron sorprendidos. Catalina se quitó entonces la toca y el velo que dejaron al descubierto su cabello cortado al rape, dejó el crucifijo de plata y la panoplia almidonada que apresaba su pecho en una silla de la sala de recibo. Le dijo adiós a la novicia que la miraba aterrada, y en lugar de ir hacia la capilla, donde debería presidir la oración, caminó casi corriendo hacia la puerta de salida donde la esperaban Harry y Enrique. La enorme puerta de madera del convento, tallada con figuras de ángeles, se cerró detrás de ellos con un crujido profundo.